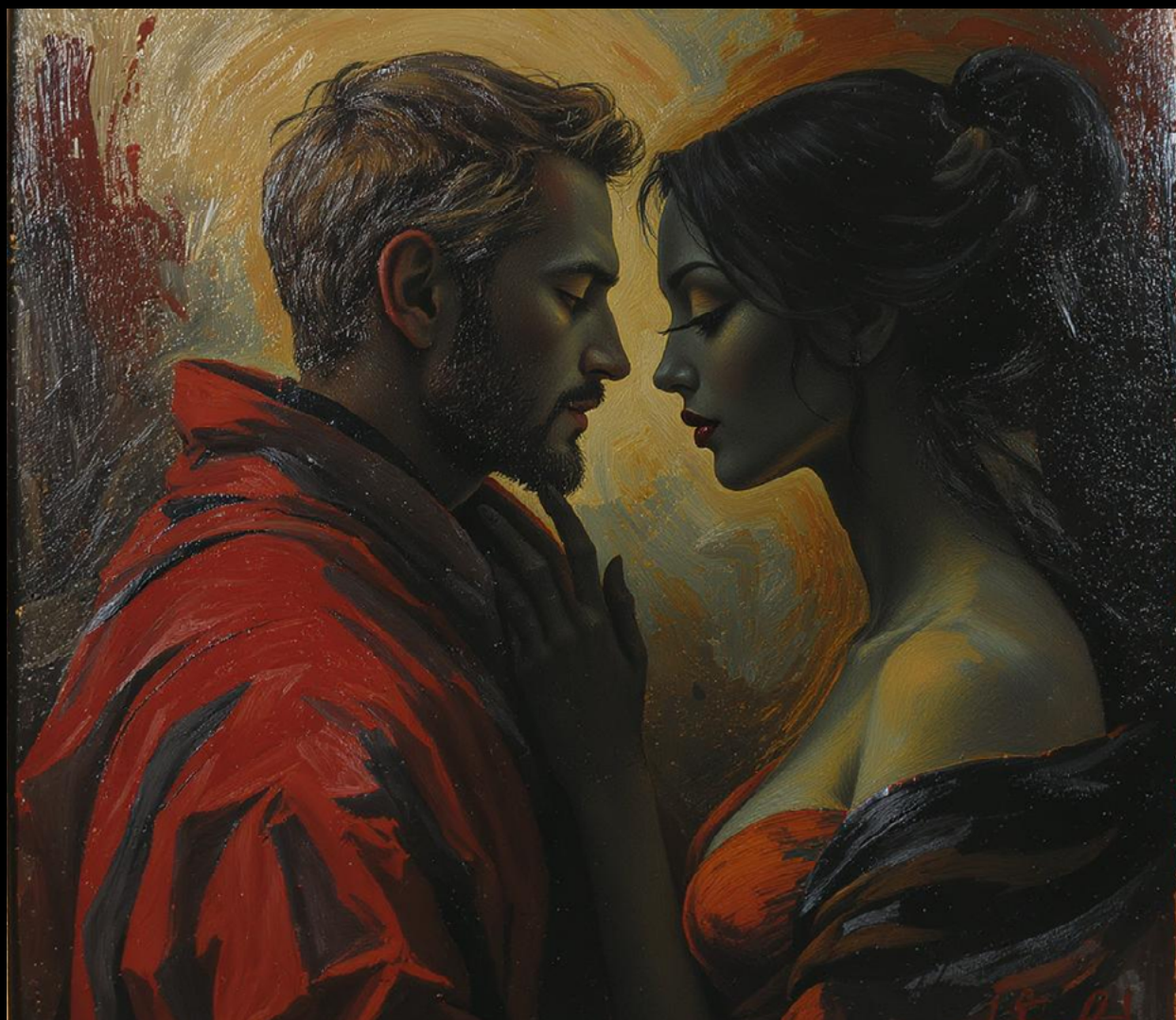


Las escrituras del sabio

José Pablo García Sánchez

jpgs897069@gmail.com



Las escrituras del sabio

José Pablo García Sánchez jpgs897069@gmail.com

Atrapado entre emociones y pensamientos, trato de ser cool, pero todo en mí tiembla ante tu presencia. Tu vestido es karma, un hechizo que me arrastra sin quererlo, y no puedo dejar de pensar en cómo cada movimiento tuyo me quema por dentro.

¿Quieres venir conmigo esta noche? Escapar de todo, perderte en lo que no tiene nombre, ocultarte en las estrellas mientras el universo observa en silencio. Estando frente a frente, nuestros corazones laten al mismo ritmo, como si el destino finalmente nos hubiera reunido. El perfume de la rendición ante tus labios me envuelve, y siento que, al rozarlos, todo lo que soy se desvanece en ese instante, rendido ante la belleza de lo que somos, de lo que podemos ser.

Cada segundo contigo es una eternidad, una promesa que se dibuja en el aire, y no puedo evitar imaginar qué sería perderme en ti, donde el tiempo no existe, solo el deseo y la conexión que compartimos, profunda y sin miedo.

El calor de tu cuerpo me consume, como un fuego que arde en lo más profundo de mi ser. Cada movimiento de tus caderas es un poema que mi alma recita en silencio, mientras la juventud nos envuelve en un abrazo eterno, como si el tiempo no existiera para nosotros. Tus ojos, tan llenos de vida, me atrapan en un hechizo que me convierte en prisionero de tu ser.

Tu cabello, un río de vida, cae en cascadas que me roban el aliento, y enredado en su fragancia, me pierdo en la magia que eres tú. Quise ser discreto, pero mi corazón te anhela con tal intensidad que besarte se vuelve

inevitable, el único refugio de este sentimiento inmenso. Cada roce, cada caricia, nos une más, nos funde en una danza que no sabe de finales.

¿Debí haberme ido? Tal vez. Pero, ¿cómo alejarme de la única persona que convierte mi mundo en un sueño? ¿Cómo escapar de la belleza que emanabas, que me envuelve con cada suspiro, con cada palabra no dicha? Ahora, muriendo en tus brazos, sé que no hay lugar más perfecto que perderme en el amor que emanabas, en el paraíso que construimos juntos con cada suspiro compartido. Con cada latido, el mundo se desdibuja y solo existimos tú y yo, atrapados en nuestra propia eternidad.

Ya tuve suficiente, me conduces a la locura. Cada vez que te miro, pierdo el control, y mi mente se fragmenta en mil piezas que solo tú puedes juntar.

¿Me perdonarías por portarme tan idiota hasta besar todo mi ser? Quizás, sólo quizás, en ese beso, encontraríamos la verdad de todo esto, un instante eterno donde no hay arrepentimientos, solo pasión y promesas susurradas entre nuestros labios.

Vivía encerrado en una prisión imaginaria, sin barrotes visibles, pero con los pensamientos retumbando como gritos que rebotaban en las paredes de su mente. No era una celda, sino una burbuja de dudas, culpa y rebeldía mal canalizada. Desde dentro, soñaba con ideas revolucionarias. Ciudades enteras le aclamaban en sus visiones, lo escuchaban, lo seguían. En ese mundo alterno, las reglas se disolvían y su voz era ley.

Pero en la vida real, todo era distinto.

Le había fallado a muchos: familiares, amigos, profesores, conocidos. Les fallo con comportamientos que otros llamaban “disruptivos”, pero que para él eran formas de gritar auxilio en un idioma que nadie quiso aprender. Caminaba por los pasillos de las escuelas, colegios y universidades sintiéndose como un error con nombre y apellido. El rechazo era un eco constante. Sentía lástima por sí mismo sin entender completamente por qué.

Los exámenes parecían decidir su valor. Una nota, un número, una rúbrica impersonal. Sólo mucho después entendería que no definían nada, que su ser era más vasto que cualquier casilla marcada. En aquel momento, sin embargo, todo pesaba demasiado.

La gente hablaba bien de él a veces. Decían que era inteligente, especial. Pero el miedo lo carcomía desde adentro. La duda lo transformó en lo que él llamó "el fantasma del agradecimiento atípico", un ser que recibe elogios con vergüenza, con la sospecha de no merecerlos. Sonreía, asentía, pero por dentro se sentía un impostor.

Había noches en que fuerzas inexplicables lo recorrían. Energías sin nombre que agitaban su cuerpo sin razón aparente. "Todo está bien", le decían, pero él sentía lo contrario. Algo dentro de él lo reprimía, lo contenía como una presa a punto de romperse.

Poseía una inteligencia atípica. No sabía cómo usarla ni qué significaba. Tenía habilidades destacadas, pero sin saber manejarlas se sentía como alguien que había nacido con alas, pero no conocía el cielo. A veces, por confusión, por rabia o desesperación, cometía errores. Hurtos pequeños, insignificantes quizá, pero para él eran gigantes. Lloraba después. Se sentía víctima, se sentía monstruo. Ambas cosas a la vez.

No hacía nada. Se quedaba inmóvil frente a lo cotidiano. Esperaba para lavar los platos pero nunca lo hacía. La pereza y la queja se adueñaron de él, lo arrastraban hacia una vaguedad que no sabía combatir. Ofendía sin querer. Faltaba al respeto no por maldad, sino por miedo. Miedo a los jueces invisibles de la inconstancia.

Pensaba en el día que todo terminara. Cuando falté a quienes ahora tiene cerca. Y se preguntaba si ese día llegaría con un suspiro o un grito. No quería que llegara, pero lo sentía acercarse como una sombra que no pide permiso.

“A nadie le importa, ¿cierto?” —se decía—. “A nadie le interesa, entonces ¿por qué te envuelves en rosas con llamas prendidas?”

¿Hice algo malo o no?

La respuesta no era clara. Se enamoró. De una boca atípica. De alguien única. La amó tanto que la decepcionó por miedo, por no saber cómo sostener algo tan puro. Era curiosa, misteriosa, como un poema con partes borradas. Él también era así.

Mientras tanto, las instituciones beneméritas de la educación costarricense seguían con su discurso. Lo llamaban, lo admiraban. Lo perfilaban como futuro líder, como empresario del mañana. Pero él solo veía en eso otra mentira envuelta en papel brillante: el flujo económico como propósito, el éxito como disfraz del abandono emocional.

Entonces decidió algo. Se ofreció como tributo. No al éxito. No a la imagen. Se ofreció al rechazo, a la inconstancia, al caos, pero también al renacimiento.

Tomó una gran taza de propósitos. Se prometió sabiduría no desde los libros, sino desde las heridas. Aprender de las cicatrices. Inspirar a otros que también se sintieran rotos. Amarró sus cordones. Se alistó. No para una carrera de velocidad, sino para resistir y estar presente cuando las oportunidades se abran.

Y por primera vez en mucho tiempo, creyó. Un poco. Solo un poco. Pero a veces eso basta.